

JOSÉ LUIS HERNANDO GARRIDO

PATRIMONIO
HISTÓRICO E
IDEOLOGÍA

SOBRE VANDALISMO E
ICONOCLASTIA EN ESPAÑA:
DEL SIGLO XIX AL XXI



nausicaä

MMIX



Copyright © José Luis Hernando Garrido, 2008
Copyright © de la edición, Nausicaä Edición Electrónica, s.L. 2008
Copyright © de la imagen de cubierta, Gema Ateca González, 2008

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

ISBN: 978-84-96633-77-3

A Marcelino y Francisco, que lo tuvieron bien claro cuando desertaron de la guerra de Marruecos y se fueron a la Argentina; y de Isidoro, al que sólo conocí por una inocente fotografía rescatada por Ángela en Sidney en 2005 y el bronco saber de una fosa común a la vera de una viña abrazada a un pinar en Valdezate; y de Gaspar, que en los silentes años del hambre tuvo más paciencia que el santo Job; y de Dionisio, que le pilló la quinta en Palencia, jamás fue voluntario a Somosierra pero le tocó apechugar en el Ebro sin saber que; Felisa aguantaría toda la guerra en Madrid a dos pasos de la Casa de Campo, charlando con muertos y fantasmas; tanto o más que Paquito, el cuñado de José, al que siempre tuvieron por bobo y deficiente mental. Y cuando se chinaba, era el más cuerdo de todos porque soltaba unos “Vivas a la república” más grandes que panes sin importarle un rábano que la Guardia Civil le pusiera mirando al molino del tío Para, a fuerza de hostias, claro. Fue su forma de venerar al padre asesinado. ¡Jódele al tonto!, la valentía que tuvo en sus desdichadas bravatas ignorando qué coños había sido la república o la memoria histórica y pagando cara su precocidad. ¡Bendito Paco!

TABLA

<i>Prólogo</i> de Pedro Navascués	I
1. Líbranos señor de los redentores de oficio empeñados en arrancar las malas hierbas	21
2. ¿Libres de culpa?: una mirada hacia dentro	29
3. Anticlericalismo en la distancia: doscientos años nos contemplan	35
4. Con la sogá al cuello, los unos por los otros	59
5. Pavesas y rescoldos en la <i>ciutat cremada</i>	65
6. Sacerdotes laicos y pistoleros	77
7. Con la mecha al cuello, aquel olor a chamusquina	81
8. Querer no siempre es poder: ¿dar la vuelta a la tortilla?	103
9. Aquella espantosa guerra que perdimos todos, unos más que otros	113
10. Tristes guerras: hogueras en el albur de un mundo nuevo	135
11. Carnestolendas a machamartillo, el combate de los símbolos	159
12. Corazones de piedra	171
13. En el corazón de las tinieblas	179
14. Sacrilegios y raseros	187
15. Justos por pecadores, si alguna vez los hubo (los justos)	195
16. Los puños y las pistolas	211
17. ¿Qué pasa en Madrid?	229
18. Apechugar con la victoria	249

19. Sangre, mierda, metralleta y libros	263
20. Al garette con el patrimonio incómodo	273
21. España metida en cintura: sobre bibliotecas y monumentos	289
22. Posguerra y restauración monumental	309
23. Espectros palidecidos y reivindicaciones nacionalistas	317
24. Los monumentos de la guerra civil: ¿paz y perdón?	331
25. De los símbolos franquistas a los simbólicos archivos nacionales	353
26. La historia es muy adictiva. Empiece a leer	371
Bibliografía	381
Notas	419
Agradecimientos	547
Imágenes	551

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Tumbas reales en el templo de la abadía de Poblet. Restauradas por Frederic Marès	553
Cámara Santa de la catedral de Oviedo (dinamitada en 1934)	553
Placa-memorial a la quema de libros durante la época nazi. Berlín	554
Quema de la iglesia de Santa Maria del Mar en julio de 1936 (Barcelona). Cliché de Hans NAMUTH y Georg REISNER, <i>Spanisches Tagebunch 1936</i> , Berlín, 1986	554
Vandalismo revolucionario en 1936	555
Fusilamiento al monumento al Sagrado Corazón del Cerro de los Ángeles (Getafe, Madrid).	555
Monumento nuevo al Sagrado Corazón del Cerro de los Ángeles (Getafe, Madrid).	556
Monumento dinamitado al Sagrado Corazón del Cerro de los Ángeles (Getafe, Madrid).	557
Ruinas de Belchite Viejo (Zaragoza)	557
Ruinas de Belchite Viejo (Zaragoza)	558
Fortificación de la guerra civil. Cinturón de Hierro (Vizcaya)	559
Fortificación de la guerra civil. Lopera (Jaén)	559
Arco de la Victoria (Madrid)	560

Basílica del Valle de los Caídos (Cuelgamuros, Madrid)	561
Interior de la basílica del Valle de los Caídos (Cuelgamuros, Madrid)	561
Iglesia de la Asunción de Porcuna (Jaén)	562
El Fossar de la Pedrera. Montjuïc (Barcelona)	563
Castillo de Montjuïc (Barcelona)	563
Estatua a Largo Caballero. Nuevos Ministerios (Madrid) . . .	564
Estatua a Tirso de Molina (Madrid)	565
Comitiva fúnebre del entierro de Buenaventura Durruti, (Barcelona (1936).	565
Pañuelo de seda estampado con el rostro de Buenaventura Durruti y antorcha de la FAI (colección particular).	566
Grafiti de la guerra civil (Tarragona)	566
Grafiti de la guerra civil. Monasterio de Moreruela (Zamora)	567
Memorial a los voluntarios soviéticos fallecidos en la guerra civil. Cementerio de la Almudena (Madrid)	567
Efectos de la metralla en la plaza de Sant Felip Neri (Barcelona)	569
Monumento a las Brigadas Internacionales. Campus Universitario de Castilla La-Mancha (Albacete).	569
Monumento a las Brigadas Internacionales, (Copenhague) . .	570
Monumento a las Brigadas Internacionales, (Ottawa)	571
Monumento «a todos los que dieron su vida por España», (Santa Cruz de Tenerife)	572
Monumento a Franco, (Santa Cruz de Tenerife)	573
Monumento al Requeté. Quatre Camins. Batalla del Ebro . .	573
Monumento al comandante Franco, (Melilla)	574
Posición Jaca. Cuartel general de Miaja. Alameda de Osuna (Madrid).	575
Monumento a Yagüe en San Leonardo (Soria), decapitado el 13 de octubre de 2008	575
Hito de obras públicas. Carretera N-1 Madrid-Irún. <i>Ca.</i> de Aranda de Duero (Burgos).	576

Tras la retirada de la estatua de Franco en los Nuevos Ministerios (Madrid)	577
Tumbas de miembros caídos alemanes de la Legión Cóndor. Cementerio de la Almudena (Madrid).	577
Estela funeraria de aviador alemán de la Legión Cóndor derribado (Gandesa, Tarragona).	578
Instalación <i>Spitting Leaders</i> de Fernando Sánchez Castillo (2008). Parque Sonsbeek (Arnhem, Países Bajos).	579
Estatua a Franco. Plaza del Ayuntamiento (Santander)	579
Monumento a los caídos. Faro de Santander	580
Monumento a Onésimo Redondo. Cerro de San Cristóbal (Valladolid).	581
Monumento a Onésimo Redondo (detalle). Cerro de San Cristóbal (Valladolid).	581
Iglesia reutilizada como almacén en 1936. Alcañiz (Teruel). Centro Documental de la Memoria Histórica (Salamanca). Cliché de Kati Horna (n.º 49).	582
Desmontando la estatua de Franco en Santander. Diciembre de 2008.	582

PRÓLOGO

Hace ahora cincuenta años el historiador del arte Louis Réau daba a conocer el último volumen de su *Iconografía del arte cristiano*, editada en cinco volúmenes por Press Universitaires, probablemente su obra más conocida y referencia obligada para gran número de estudiosos de todo el mundo. Pero al mismo tiempo publicaba otra obra también monumental en dos tomos, comprometida y por ello menos conocida por incómoda, cual fue y es la *Historia del vandalismo. Los monumentos destruidos del arte francés*. Se trata de una obra crítica y con moderna visión de lo que es la destrucción sistemática del patrimonio artístico a lo largo de la historia debida a decisiones políticas, a la ignorancia, al ánimo de lucro, a la soberbia y jactancia de técnicos y facultativos, a las guerras y revoluciones de todo signo, a la acción y omisión de quienes tienen la responsabilidad de salvaguardar la memoria artística y cultural de un pueblo, etcétera. Réau, más allá de lo que llegaron a ver y a censurar hombres como Víctor Hugo, el primer moderno en la percepción y condena de esta delicada cuestión, reunió allí un material verdaderamente abrumador cuya lectura emociona y conmociona.

No obstante, la reedición de esta obra en 1994 por Éditions Robert Laffont de París, exigió una *mise à jour* dedicada a lo sucedido bajo la V República, que no llegó a ver Réau, pero que muestra que

esta historia del vandalismo resulta ser una historia interminable que no cesa a pesar de todas las cartas y cautelas protectoras nacionales e internacionales, incluyendo las emanadas desde la UNESCO. Así, Fleury y Leproux, los autores de la puesta al día del trabajo de Réau, señalan las destrucciones llevadas a cabo en estos años por lo que llaman el vandalismo municipal, estatal y eclesial que, en muy poco tiempo, han conseguido un balance que fluctúa entre el dolor y el bochorno en una sociedad opulenta que se convierte en la primera depredadora de su propia riqueza. Las ilustraciones gráficas del antes y el después no dejan lugar a duda alguna.

Es curioso que tanto Víctor Hugo como Réau partieron para su análisis del adagio latino «Tempus edax, homo edacior», proverbio que Hugo reconoce traducir libremente al decir que «El tiempo es ciego, el hombre es estúpido», y que Réau lo interpreta no menos libremente al escribir que «El tiempo destruye los monumentos, pero sus peores enemigos son los hombres», pues en el fondo el proverbio viene a decir con gran agudeza y economía expresiva que el hombre destruye más que el tiempo.

La larga referencia a la obra de Réau, a quien naturalmente cita el autor de la obra que ahora prologamos, viene a cuento porque en su prefacio dice: «desearíamos que este repertorio de monumentos destruidos por el vandalismo se extendiese a otros países», y a continuación menciona en primer lugar a España. Esta cita y otras circunstancias me llevaron hace mucho tiempo a involucrarme en la defensa de nuestro patrimonio, tarea que nunca he abandonado como obligación moral y ciudadana y, probablemente, por esta razón me solicita el autor de este libro unas líneas de presentación.

La obra de José Luis Hernando Garrido, lleva además un subtítulo que enlaza directamente con lo que el historiador francés reclamaba pues en definitiva se refiere al *vandalismo e iconoclastia en España*, dentro de una línea que iniciada entre nosotros por Gaya Nuño y su libro sobre *La arquitectura española en sus monumentos desaparecidos* (1961) ha tenido numerosos seguidores, hasta la reciente aparición este mismo año del trabajo de María José Martínez Ruiz sobre *La enajenación del patrimonio en Castilla y León (1900-1936)*. La investigación de José Luis Hernando es una vuelta de tuerca más, pues con la suficiente distancia cronológica, la libertad de expresión alcanzada en nuestros días para manifestarnos sobre determinadas cuestiones y el rigor de los materiales reunidos, no duda en tocar

temas de la máxima actualidad por muchas razones y que por las mismas han estado en reserva, esperando a que un estudioso como José Luis Hernando abordara un análisis que, en algunos casos, hará incómoda su lectura en determinados sectores, bien por el contenido bien por lo desenfadado y vehemente del discurso expresivo que, con frecuencia, desborda lo literariamente académico en una obra de estas características.

Es aquí donde volvemos al título de la obra, pues *Patrimonio histórico e ideología* adelantan la clave del libro que, por otra parte, desaparece bajo los epígrafes de los capítulos, más llamativos que descriptivos, ya que, fundamentalmente y al margen de lejanos antecedentes, se trata de un recorrido torrencial de lo sucedido con el patrimonio histórico en nuestro país, entendiendo aquí el patrimonio en un sentido lato, en los años de la II República, durante la Guerra Civil y, sobre todo, en la posguerra de Franco hasta alcanzar el siglo XXI, todo ello con su correspondiente guión, puesta en escena y actores, llegando a la promulgación de la Ley de la memoria histórica en 2007.

Cientos de nombres de personas, lugares, obras y situaciones van tejiendo, casi atropelladamente, la línea argumental de este largo período, donde la política aparece como caldo de cultivo de un proceder salpicado de noticias de la más diversa procedencia (prensa, archivos, cine, literatura, historia, etcétera), acompañadas de una erudición anotada poco común, especialmente si se tiene en cuenta que las líneas de investigación del autor han sido fundamentalmente, por una parte, la iconografía medieval, sobre la que hizo su tesis doctoral referida a un monasterio expoliado como el de Santa María de Aguilar de Campoo, y, por otro lado, la antropología cultural; no se olvide que actualmente José Luis Hernando es conservador del *Museo Etnográfico de Castilla y León*.

Con este bagaje y gran inquietud el autor arriesga una apretada y personal visión de la relación entre ideología y patrimonio en una obra que tiene mucho de explosiva y que, seguro, no dejará indiferente al lector, poniendo así un nuevo sillar en la difícil construcción de esa otra historia del arte y/o de la cultura, aún por escribir.

Pedro NAVASCUÉS

LÍBRANOS SEÑOR DE LOS REDENTORES DE OFICIO EMPEÑADOS EN ARRANCAR LAS MALAS HIERBAS

El 8 de marzo de 2001 los talibanes afganos arremetían a cañonazo limpio contra la pareja de monumentales budas tallados sobre la roca de Bamiyán, soberbias representaciones realizadas entre los siglos II y V d. C. que fueron completamente barridas del macizo montañoso donde se efigiaron. No se trataba de un par de iconos cualquiera, pues revelaban tiempos antiguos donde la hibridación —o si se nos permite, el dichoso mestizaje que ahora queda de lo más orondo y correcto— permitió conjugar la venerable personificación antropomorfa con otras esencias plásticas de raíz helenística en un enclave muy transitado por las recuas caravaneras que cubrían la Ruta de la Seda¹.

Los responsables del brutal acto vandálico hicieron oídos sordos a las consideraciones de la UNESCO y a la opinión pública internacional, que desde tiempo atrás temía que los cercenadores de imágenes volvieran a dar un paso adelante hacia el precipicio de la infinita idiotez. En el mundo mediterráneo la iconoclastia no nos pilla de sorpresa, desde las persecuciones de León el Isaúrico, la secta pauliciana o el islamismo y el catolicismo de guerra santa o cruzada, la veta destructora ha gozado de fervientes partidarios.

Pero señalar con el dedo acusador hacia la intransigencia de unos desequilibrados que osaron considerarse fieles al Islam, sería olvidar

que semejantes prácticas no son patrimonio exclusivo de los señores de la guerra que campaban por las laderas del Hindu Kush. Hasta los más «civilizados» hemos sido, en uno u otro momento de nuestra historia, asesinos en serie, destructores de símbolos, defenestradores de posos y memorias, censores inquisitivos o incendiarios de libros. Eso por no hablar de los conquistadores gloriosos ni de las gestas bélicas amparadas por un ejército nacional que tortura, destruye y asesina. Y después algunos reciben condecoraciones, escriben libros perversos y alzan arcos de triunfo o mausoleos inhumanos con la esperanza de ser alabados por sus nietos. El vandalismo en sí mismo carece de contenido político o religioso, es por definición imbécil, pero se arma rápidamente, incorporándose al arsenal de sus practicantes, quienes lo cargan de sentido a la hora de hacer valer sus pretensiones religiosas, políticas, doctrinarias, de conquista nacional o colonial.

En nuestro país perduran innumerables monumentos conmemorativos de sucesos bélicos, e incluso paisajes bélicos completos como el de Belchite, cuyas ruinas y torres del «pueblo viejo» servirían perfectamente como tremebunda ambientación cinematográfica. Lo que no llegó a hacerse con las ruinas del Alcázar de Toledo o las del centro histórico de Teruel², dejarlas tal cual con toda su insolencia, se haría con este pueblo zaragozano, que en el siglo XVIII llegó a albergar 5.000 almas, unas 3.300 antes de la guerra civil, y que entre el 24 de agosto y el 6 de septiembre de 1937 fue completamente arrasado a consecuencia de los encarnizados combates allí librados. A fines de verano del 37 el ejército republicano del Este intentó someter Belchite en una ofensiva directa hacia la capital zaragozana, respondía así al inminente desplome del frente cantábrico.

Pero frente a la tenaz resistencia ofrecida por los sublevados y, perdido el efecto sorpresa, la toma de Zaragoza terminaría por convertirse en la durísima batalla de Brunete que se prolongó hasta el 6 de septiembre. Por imperativos estratégicos, sólo unos pocos defensores del ejército franquista, posteriormente laureados, lograron romper el durísimo cerco y huir hacia la capital, acompañados por más de un centenar de civiles supervivientes. Como señaló Indalecio Prieto, miles de soldados habían muerto infructuosamente para tomar un puñado de aldeas que apenas representaban mil kilómetros cuadrados y que terminarían definitivamente en poder de Franco el 10 de marzo del 38 cuando la guerra iba ya sentenciándose hacia el lado africanista.

Las últimas cien familias moradoras aguantaron en un pueblo que destiló cadaverina y destrucción hasta 1964. Se mantiene en pie la torre de San Martín, duramente bombardeada por la artillería republicana. Queda algún obús sin estallar agazapado en la torre de la machacada iglesia del ex-convento de agustinos calzados que amenaza con venirse abajo. En su asalto sucumbieron cientos de internacionales del batallón Lincoln a las órdenes de Walter. Belchite tuvo la mala suerte de sufrir perversos discursos desde la jefatura máxima, como para chistar. El santuario del Pueyo también sufrió el devastador efecto de los bombardeos.

La localidad entera de Belchite se mantuvo tal cual por expresa voluntad de los ganadores –como la inmediata y menos conocida de Rodén– para honrar la memoria de sus heroicos defensores, perversa crueldad que sigue dejándonos descompuestos y helados. En la construcción del nuevo Belchite y en la reconstrucción de otras localidades cercanas como Mediana, Quinto, Codo y La Puebla de Albortón participarían abundantemente los presos republicanos –en el nuevo Belchite echaron las primeras paladas y guiaron carretillos los internacionales procedentes del campo burgalés de San Pedro de Cardeña integrados en el 75 *Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores Penados*– que nutrieron los destacamentos penales y las colonias penitenciarias militarizadas instituidas por el nuevo estado franquista (1940-1945). Las restauraciones se iniciarían tras la promulgación de un propagandístico Decreto de Adopción por parte del generalísimo de 23 de septiembre del 39. Participó en la tarea la *Dirección General de Regiones Devastadas*, bien surtida de mano de obra esclavizada y activa hasta 1957.

Mantener las ruinas para que sirvan como monumento de la paz o parque temático de la estulticia y centro de interpretación de la guerra es algo que no entenderán todos a pesar que en su día fuera señalado como futuro candidato a ostentar la declaración de Patrimonio de la Humanidad³. Al final de la contienda, a Orlando, un religioso hijo de Belchite no le importaba que la nueva ciudad se levantara más allá de las ruinas viejas «pues éstas debidamente cerradas con un muro circundante quedarían siempre para la posteridad, monumento viviente de la raza». Suerte que 70 años después, monumento tan aberrante sea fruto de una amarga y abierta reflexión. Pero durante la posguerra, Belchite fue el símbolo del comunismo internacional derrotado por la España franquista encarnada en un pueblo de nuevo cuño.

Cerca de Belchite se encuentra Fuendetodos, la patria chica de Francisco de Goya, artista que nos dejó uno de los más contundentes alegatos plásticos contra la guerra que podamos contemplar. Las puertas de madera de una cámara-relicario pintadas por el artista para la iglesia parroquial de su localidad natal también fueron destruidas durante la guerra civil⁴.

Se puede pensar que frente a situaciones de holocausto, los bienes materiales y espirituales –o patrimoniales– deberían quedar en un segundo plano. Un editorial de *El Socialista* argumentaba en 1937: «El Palacio de Alba y los cuadros cuya guarda interesa tan extraordinariamente en Londres valen mucho. Pero los muertos del País Vasco, las mujeres y niños sacrificados en el exilio de Málaga, las víctimas inocentes ocasionadas en los bombardeos de Madrid valían mucho más. Bastante más, moralmente sobre todo, que todos los Museos del Mundo».

Pero no es menos cierto que cuando los atentados contra el patrimonio –sea este mueble, monumental o bibliográfico– se ejecutan con premeditación y alevosía, salen a relucir los instintos más bajos. Cualquiera mente sensible retiene las terribles imágenes del pillaje al que fue sometido Afganistán por el ejército ruso durante la invasión de la década de 1980, del Museo Nacional de Kuwait por parte de tropas irakíes en 1991; el de los almacenes del Instituto de los Museos Nacionales de Kinshasa en el viejo Zaire en 1997, la destrucción de iglesias serbias y croatas o de las mezquitas kosovares, el bombardeo de la biblioteca de Sarajevo y de la ciudadela de Splitz, de Zadar, Mostar, Karlovac, Knin o la catedral de Sibenik durante las guerras balcánicas de la década de 1990; los saqueos en los museos y bibliotecas de Bagdad o el derribo de las estatuas de Cristóbal Colón en Caracas y del conquistador Mazariegos en San Cristóbal de Chiapas. Hasta un duro de Franco o un billete de banco con el carismático rostro de Ernesto Guevara tendrían apuestos fundidores e incendiarios.

Y eso, sin irnos a tiempos de maricastaña, con Stalin derribando la catedral de Cristo Salvador en Moscú, Mao Zedong empeñado en perpetrar su revolución cultural y las huestes de Goebbels quemando libros como posesos; o de Matusalén, con Fray Juan de Zumárraga y el cardenal Cisneros haciendo lo propio con los manuscritos mayas y granadinos. Tampoco sale de madre recordar la *Farsa de Ávila*, entonces los poderosos nobles de la ciudad castellana

vejaron y destruyeron una efigie de Enrique IV cuando se negó a desheredar a su hija Juana. En la ciudad de Zamora, sin ir más lejos, fueron profanadas las tumbas de los linajes proalfonsinos (los cuerpos embalsamados de Arias Gonzalo, sus hijos y otros caballeros) y sus ajuares ricos en la iglesia de San Martín de los Caballeros⁵. El poder de la imagen vuelve a asaltarnos cuando una simple caricatura de Mahoma produce efectos tan inesperados que nos transporta al tiempo de las cruzadas.

El derrocamiento de una dictadura suele coincidir con el derribo de una estatua. En relación con esta dinámica de *damnatio memoriae* San Martín llamaba la atención sobre el primer plano de *Octubre* (1927-28) de Eisenstein, en éste la estatua de Nicolás II es asaltada por una multitud revolucionaria que auxiliada con cuerdas tumba la imagen zarista considerada abyecto símbolo de poder. Con posterioridad llegarían otras decapitaciones o derribos para las figuras de Hitler, Lenin, Stalin, Brezhnev, Oliveira Salazar, Somoza, Ceausescu, Dzerzinski y recientemente hasta Sadam Husein por parte del ejército norteamericano, haciendo coincidir este último con la hora de los informativos en los Estados Unidos y retransmitiéndolo en directo mientras los jaleadores parecen seguir las instrucciones del rótulo luminoso de un plató donde aparece la consigna: «Aplausos». Para Trotsky, lo que en la historia se produce como tragedia puede volver a repetirse como farsa⁶. Más oportuno es el comentario del polaco Lec rescatado por Rioyo: «Al derribar las estatuas, respetad los pedestales. Siempre pueden ser útiles»⁷.

Un país como Estados Unidos, baluarte de la democracia, puede verse rápidamente contaminado por una incruenta campaña de censura ante situaciones que nos parecen sencillamente tontas. A Natalie Maines, cantante del grupo *country* femenino *Dixie Chicks* se le ocurrió decir en un escenario londinense en 2003 que estaba avergonzada de que un presidente norteamericano responsable de haber decidido la invasión de Irak fuera –como ella– natural de Texas. Tras declaración tan inocente, en octubre de 2006 las emisoras de radio del país de la libertad decidieron no programar más temas de las *Dixie Chicks* y hasta organizaron destrucciones públicas de sus discos, aplastados con apisonadoras o quemados en hogueras, en torno a las que aparecieron sus detractores con pancartas donde podía leerse: «amigas de Sadam Husein» o «insultar a tu presidente es insultar a tu país»⁸. Uno se queda de pasta de boniato.

Brian Haw, un convencido pacifista, instaló frente a la plaza del parlamento de Westminster una serie de testimonios para protestar contra la intervención del gobierno británico en la guerra de Irak: fotografías de niños mutilados, tenderetes de ropas sanguinolentas, peluches abandonados, pancartas que acusaban al gabinete Blair de «mentir y matar». Una hilera de imágenes, textos y objetos que alcanzó 40 metros de crudo alegato antibelicista. La noche del 23 de mayo de 2006, la policía tomó la plaza y destruyó gran parte de los símbolos allí instalados, obró cumpliendo con una reciente ley contra el «crimen organizado» que prohibía las manifestaciones a menos de un kilómetro del parlamento sin el consentimiento del jefe de *Scotland Yard*. En enero de 2007 Mark Wallinger recreó en las galerías Duveen de la *Tate Gallery* londinense el espontáneo montaje de Haw sin que las modélicas fuerzas de seguridad británicas osaran destruir nada pues la original protesta gozaba de inalienable patente de curso museística⁹.

A fines de abril de 2007 dismantelaron en Tallin (Estonia) el monumento a los combatientes liberadores caídos durante la segunda guerra mundial, una estatua de bronce de dos metros de alturaalzada en honor al soldado desconocido junto a la tumba de trece desgraciados que dejaron el pellejo en otoño del 1944 durante la liberación de la ciudad ocupada por los nazis¹⁰. Para muchos estonios era un símbolo más de la ocupación soviética, siendo partidarios de exhumar los restos para identificarlos y sepultarlos –al lado del marcial vaciado en bronce– en un cementerio militar. La minoría rusa, un tercio del total de los ciudadanos estonios, se opuso a semejantes pretensiones. Hubo manifestaciones, activistas rusos de guardia, actos vandálicos y hasta duros enfrentamientos entre fuerzas policiales y derribistas. Mijaíl Kaminin, portavoz del ministerio de asuntos exteriores de Rusia calificaba «las acciones de Tallin de sacrílegas e inhumanas», máxime cuando el monumento conmemoraba un pasaje acontecido la víspera del día de la victoria soviética sobre las tropas de Hitler, condescendiendo con envaletonados manifestantes neonazis. Las autoridades rusas tampoco tuvieron demasiados miramientos cuando autorizaron días antes desmontar otro monumento alzado en Jimki, en las afueras de Moscú, a la memoria de siete aviadores fallecidos en acción de guerra porque había que construir un nuevo centro comercial.

En la localidad de Gonggar, unos 100 km. al sur de Lhassa, la

capital del Tíbet, las intrusas autoridades chinas han colocado la más grande estatua de Mao que existe en el mundo, es una obra en granito de más de 7 metros de altura y 35 toneladas de peso. Un testimonio que puede leerse en clave simbólica pues China invadió –según Mao y el partido comunista chino, liberó a los tibetanos del budismo– en 1951 y sigue ejerciendo el poder omnívodo frente a la manifiesta oposición del Dalai Lama y los tibetanos del exilio. No sería de extrañar que la longevidad de la estatua, aunque se haya alzado sobre un pedestal de 5 metros a prueba de terremotos, peligrara en un futuro no tan lejano.

Los designados revolucionarios intentaron destruir todo estigma del pasado, aunque se tratara de símbolos más inofensivos que una fiera disecada; los contrarrevolucionarios tampoco quedaron satisfechos con la victoria, recurriendo al aplastamiento y la extirpación de lo legado. El patrimonio monumental sigue siendo signo de identidad. Y ante el seísmo provocado con el advenimiento de todo nuevo orden, convino el enterramiento del pasado mediante el bíblico fuego depurador, la piqueta o la dinamita, para que a los que estén por llegar se les haga casi imposible rebuscar en el desván del pasado, pues fue voluntariamente desmantelado y reconvertido por su propio bien. Hace más de dos milenios que el emperador chino Tsing-Txe-Huang pronunció una grave sentencia: «No recurráis al pasado para criticar el presente», pasaría a la historia por haber realizado una brutal quema de libros, rollos, tabletas y papiros durante la época de los «turbantes amarillos», además de hacerla extensiva a sus autores intelectuales.

Ayer y hoy, el expolio bélico más descarado se disfraza de derecho de conquista en concepto de reparación; y el vandalismo destructor, como práctica higiénica y ejemplarizante, hasta que se demuestra lo contrario, porque alguien repara en ello y actúa con elemental cordura.

Louis Réau fue uno de los primeros historiadores del arte seriamente interesados en el estudio de la destrucción del patrimonio histórico a causa del factor humano¹¹. Su monografía referida al patrimonio francés resulta un ejercicio modélico cuya estela cabría seguir en otros ámbitos europeos.

A pesar del reciente interés suscitado por períodos tan tristes como el de nuestra última guerra civil, el tema –de referirnos a España– es un verdadero filón y precisaría de mayor número de estu-

dios en profundidad, así como de una presentación monográfica que abarcara la práctica vandálica desde la Edad Media hasta la llegada de la democracia¹². Se cruzan aquí lecturas icónicas y simbólicas, políticas y religiosas, pero también socioeconómicas y, casi siempre, antropológicas.